



América Latina Hoy

ISSN: 1130-2887

latin hoy@usal.es

Universidad de Salamanca
España

Levine, Daniel; Romero, Catalina
Movimientos urbanos y desempoderamiento en Perú y Venezuela
América Latina Hoy, núm. 36, abril, 2004, pp. 47-77
Universidad de Salamanca
Salamanca, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30803603>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ISSN: 1130-2887

MOVIMIENTOS URBANOS EN PERÚ Y VENEZUELA *Urban movements and disempowerment*

Daniel LEVINE y Catalina ROMERO
Universidad de Michigan / Pontificia Universidad Católica del Perú
✉ dbldylan@umich.edu
✉ jromero@pucp.edu.pe

BIBLID [1130-2887 (2004) 36, 47-77]
Fecha de recepción: noviembre del 2003
Fecha de aceptación y versión final: febrero del 2004

RESUMEN: Este artículo plantea la siguiente pregunta: ¿cómo se relaciona el empoderamiento con la participación política? La respuesta se busca en el análisis de los movimientos urbanos en Venezuela y Perú. Después de una breve introducción a los movimientos urbanos, se discute la importancia de la movilización, del empoderamiento y de la política en nuestros dos casos. Se analiza el proceso de empoderamiento y sobre la participación política de muchos movimientos contemporáneos en Venezuela y Perú. Se discuten los vínculos de estos movimientos con los partidos políticos y se concluye que los movimientos urbanos son muy importantes en este contexto. Se discuten las implicaciones de las movilizaciones urbanas en Perú (que promueven el empoderamiento y la participación política) (ambas a favor y en contra del empoderamiento) y se concluye que el futuro más probable del empoderamiento depende de las implicaciones de esta perspectiva.

Palabras clave: empoderamiento, participación política, representación democrática.

ABSTRACT: This paper addresses the following question: how is empowerment related to political participation? The answer is sought in the analysis of urban movements in Venezuela and Peru. After a brief introduction to urban movements, the importance of mobilization, empowerment and politics in our two cases is discussed. The process of empowerment and political participation of many contemporary movements in Venezuela and Peru are analyzed. The links of these movements with political parties are discussed and it is concluded that urban movements are very important in this context. The implications of urban mobilizations in Peru (which promote empowerment and political participation) (both in favor and against empowerment) are discussed and it is concluded that the most probable future of empowerment depends on the implications of this perspective.

movements, mobilization, empowerment and disempowerment in the recent experience of Venezuela and Perú. The puzzle that concerns us is of course not limited to these two countries: it is common to all the Andean republics, and in different ways, to much recent experience of urban mobilization in Latin America and beyond. After a brief account of urban citizen movements and politics in our two cases, we outline general reflections on the nature of empowerment and disempowerment, on the peculiar combination of strengths and weaknesses that mark many contemporary movements. A close examination of types of movements and their links with political parties and protest follows. The character of city life is important here. We close with analysis of recent waves of urban mobilization in Perú (that sparked the ouster of president Alberto Fujimori) and in Venezuela (both for and against president Hugo Chávez Frías), and with reflections on the likely future of empowerment and disempowerment for urban citizens and the implications of this perspective for democratic representation.

Key words: empowerment, disempowerment, urban movements, social protests, democratic representation.

I. EL PUZZLE*

El puzzle está formado por tres hechos claves que sitúan a Venezuela y a Perú en una interesante perspectiva comparada, proporcionando al mismo tiempo terrenos de comparación entre los procesos políticos y los procesos sociales que cada país ha experimentado en los últimos veinte años. El primero apunta a la caída, el declive y la desaparición eventual de los poderosos partidos políticos del pasado y del sistema de organizaciones y normas políticas construido alrededor de ellos. El segundo trata la creación, expansión, crecimiento hasta la prominencia y decadencia (a veces después de la consecución de objetivos específicos) de redes de organizaciones civiles, a veces referidas como «sociedad civil» o «movimientos populares», dependiendo del país y de las circunstancias. El tercero atañe a la tradición de movilización, activismo y protesta sostenida (asociada con la trayectoria de nuevas redes y movimientos), que crece hasta el máximo en momentos de crisis y desaparece con posterioridad. En ambos países, y durante extendidos períodos de tiempo, un gran número de personas fueron movilizadas para apoyar y sostener acciones colectivas, muchas veces de forma arriesgada, como marchas, campañas de recogida y entrega de firmas, protestas, manifestaciones, sentadas y otras prácticas de este estilo. Encontramos una gran abundancia de nuevos y a veces efímeros grupos, que se unen a organizaciones más consolidadas como sindicatos y patronales, partidos políticos y grupos profesionales, para alcanzar y mantener el esfuerzo. También observamos momentos de crisis relevantes, examinados con más detalle más adelante, incluyendo el movimiento de rechazo a la reelección de Fujimori en el año 2000 o las oleadas de movilizaciones y contramovilizaciones (centradas en el gobierno de Chávez y su supervivencia), comenzadas en la primavera del 2002 y culminadas con una destacada huelga que resurgió en diciembre del 2002 prolongándose hasta febrero del año siguiente.

* Traducción realizada por Óscar García Luengo.

La reciente experiencia de Perú es la que no insistiremos aquí¹. El puzzle de las sociedades tan dispares, radicalmente diferentes, pero con un punto de encuentro común para enfrentarnos a problemas de «fundación» en la democracia. En Perú y no siempre exitosa, lucha por mejorar la democracia mediante reformas institucionales (de representación) y reforzar el control social. En cada caso, el esfuerzo fue alentado por actores ajenos a la red de partidos políticos y el impulso de la política. En Venezuela, el zaron por corruptos e irresponsables, la sociedad civil en una arena para discutir las reglas sobre representación. En este artículo analizamos aquí implica más que un análisis de la representación a través de los movimientos de representación que politiza nuevos actores, un cortocircuito de los movimientos de representación duradera que empoderan.

Perú y Venezuela se enfrentan a problemas similares. Perú es un país pobre, dividido entre ricos y pobres, de fugaces episodios de democracia y autoritarismo. Las protestas que acompañaron la restauración de un significativo nuevo comienzo en algunos países fueron conducidas a acciones políticas en la década de 1970 y liberados más tarde. En las elecciones de 1980, hubo quizá por primera vez un espacio propio para la política electoral. En Perú, esto coincidió con el arranque de Sendero Luminoso. El movimiento popular fue reprimido: Sendero Luminoso y las fuerzas armadas acabaron con él. En el mismo período, hubo una movilización, que alteró profundamente la estructura de multitud de nuevos grupos y espacios políticos. Se convirtieron en elementos de la escena política. Ésta fue también una época de protestas y movimientos populares, haciendo que las instituciones democráticas fueron promovidas. En Venezuela, cuyo creciente autoritarismo, mal

1. Sobre Perú ver, entre otros, J. C. COPPEDGE, *Peru: A Country Guide*, (Lima, 2003), y D. LEVINE (2003 y 2002), M. LÓPEZ

agonía. La combinación de violencia, declive económico e institucional y liderazgo desleal fue mortal para los movimientos urbanos. Si bien la capacidad y voluntad para la movilización se mantuvo, como fue visible en las intensas protestas contra la fraudulenta reelección de Fujimori en el 2000, los movimientos carecían de organización estable y estructuras para garantizar cierta continuidad y rendición de cuentas.

La experiencia venezolana en movimientos urbanos empieza más tarde (mediados de la década de 1980) y comienza con un sistema democrático bien consolidado: el objetivo fue «democratizar la democracia» mediante la extensión del acceso de los ciudadanos y reduciendo el poder de los poderosos partidos políticos estatales y el dominante aparato del Estado. El sistema democrático existente fue mucho más fuerte, rico y profundamente establecido que en el caso de Perú. Desde esta posición de fortaleza, el hundimiento es más visible. Empezando a finales de la década de 1980, el declive económico e institucional comenzó a dejar huella, la desafección popular para con las instituciones establecidas (especialmente los partidos políticos dominantes) creció violentamente y el sistema político entró en una crisis que continúa hasta nuestros días. Como en el caso peruano, estos desarrollos fueron acompañados de la emergencia de un amplio catálogo de movimientos civiles concentrados en las ciudades, que demandaban una representación más auténtica y fiscalizada. Los movimientos venezolanos difieren de los peruanos en varios sentidos, especialmente en el hecho de que desde el principio sus miembros de base y la agenda han sido predominantemente de clase media. Las demandas iniciales de los movimientos tomaron forma en reformas centralizadas que devolvieron el poder a los Estados y las ciudades, ampliaron el número de cargos elegidos y redujeron las barreras para la participación. Pero estas reformas fueron suprimidas por las continuas crisis del país y quedaron marginadas por las victorias de Hugo Chávez, quien llegó al poder con una agenda de cambio total completamente diferente (Kornblith, 1999; Salamanca, 2003; Levine, 2002). El poder inicial del movimiento de Chávez fue producto del colapso de las anteriores estructuras políticas: tan pronto como éstas recuperaron terreno y los movimientos ciudadanos comenzaron a emerger otra vez, la oposición se reforzó, principalmente en forma de movilizaciones de la sociedad civil, buscando de nuevo fuera de las estructuras formales del sistema político la reconstrucción política y su control.

Resumiendo, en ambos países el descrédito y desgaste de los líderes establecidos y de los partidos, combinado con un fracaso institucional y una sostenida crisis económica, abrió el camino, en diferentes momentos y grados dependiendo del país, a un amplio número de movimientos emergentes que reclamaban tener voz propia como «sociedad civil». Los participantes de estos movimientos buscaron con su activismo, no sólo satisfacer demandas inmediatas (por ejemplo sobre servicios o vivienda) sino también reclamar, con su actividad, una ciudadanía diferente a las establecidas en las estructuras convencionales de representación. Ellos proyectaron firmemente en la escena pública no sólo sus demandas sino también la imagen de ellos mismos como ciudadanos. Su activismo politizó espacios urbanos en los dos países de forma novedosa, creando nuevas formas de acción y construyendo (a veces literalmente) nuevos espacios para este activismo. En ambos casos, los resultados a largo plazo en términos de

beneficios sostenidos, nuevas políticas públicas y estructuras institucionales. La debilidad, reversibilidad y falta de continuidad, nos obliga a reconsiderar las posibilidades de la representación política y a buscar soluciones posibles para la reforma electoral.

La relación del empoderamiento con la representación democrática ocupa un lugar central en las discusiones sobre empoderamiento. Los autores subrayan la necesidad de proveer condiciones para el posible acceso al poder –para la mejora de la representación–. Como en el caso de las discusiones, la «calidad» y «autenticidad» de la representación simplemente que los resultados electorales sean de forma justa (de acuerdo con los principios de la democracia). Admitiendo el sufragio universal y elecciones libres y abiertas, la representación que se requiere para superar las barreras para la organización, la participación política, haciendo el voto más controlables y accesibles para los ciudadanos. La necesidad de unir nuevos espacios urbanos, generar un tema político de forma que permita la participación. Nuestra consideración es diferente.

La línea de análisis que seguimos en este artículo (y representación democrática) se extiende más allá de los detalles de la representación, para establecer las relaciones entre los espacios sociales, movimientos ciudadanos y el avance desde la sociedad. En los dos países, los movimientos han avanzado repetidamente y han buscado formas arriesgadas, movilizaciones de todo tipo. Los movimientos deberían ser capaces de unir estas demandas. Pero esto ha ocurrido. Los líderes de los movimientos de «arriba hacia abajo», en la que los movimientos bien no hacen las uniones o las alianzas. Los movimientos ciudadanos son con demandas inmediatas, creando de canales estables de comunicación teórico y práctico atañe a repensar la representación política de forma que sea más accesible. Nuestra tarea aquí.

II. POLÍTICA Y MOVIMIENTOS EN PERÚ Y VENEZUELA

El desplome de los partidos políticos y el desarrollo de una explícita política antipartidista es denominador común en la reciente experiencia tanto de Venezuela como de Perú. En Venezuela, el sistema político entero construido alrededor de poderosos y estables partidos políticos, se debilitó tras una larga presión económica, exacerbada por una corrupción excesiva y un liderazgo ineficaz y quedó dañado después por reformas puestas en marcha a mitad de la década de 1980. Aunque no es fácil estimar con precisión el comienzo del declive, la mayoría de los analistas coinciden en que a comienzos de la década de 1990, los dos partidos dominantes (AD y COPEI) eran sólo un reflejo de lo que fueron con anterioridad (Molina y Pérez, 2002; Crisp, 2000; Levine y Molina, 2002). Su débil posición redujo la capacidad de respuesta efectiva de los líderes a la crisis creada por los dos intentos de golpe de Estado en 1992 y a la continua crisis económica. Una vez agotada la legendaria disciplina de partido, se hizo mucho más difícil la consecución de acuerdos entre los partidos en la legislatura. Con el COPEI dividido, su fundador Rafael Caldera llevó a cabo una brillante campaña antipartidista para ganar la presidencia en una carrera de cuatro frentes en 1993. Ésta fue la primera elección desde la restauración de la democracia en 1958 que no fue ganada ni por AD ni por COPEI. Aunque estos dos partidos continuaron teniendo una buena posición en las elecciones locales y regionales, el período estuvo marcado por continuas divisiones intrapartidistas y por la expansión de las organizaciones ciudadanas (incluyendo el insurgente unionismo), lo que escapó a los controles del partido, elevándose los niveles de abstención y extendiéndose los sentimientos antipartidistas.

La elección de 1998 y los votos nacionales, regionales y locales subsiguientes han certificado la muerte del *status* de los partidos políticos consolidados y de todo el sistema político construido alrededor de ellos. El presidente Chávez ha ido en contra de los partidos y, consecuentemente, las elecciones nacionales han sido dominadas por coaliciones personalistas, tanto «pro» como «anti» Chávez. El sistema electoral inventado para las elecciones de la Asamblea Constituyente, que contempló la nueva Constitución Nacional Bolivariana, ofreció a los seguidores y aliados del presidente Chávez un porcentaje desproporcionado de escaños (95 % de los escaños con el 66 % de los votos). Las elecciones legislativas siguientes volvieron al sistema anterior; con resultados más proporcionales².

En Perú, los partidos políticos (con la excepción del APRA) no fueron tan fuertemente estructurados o profundamente organizados como en Venezuela. Un sistema político dependiente de la competencia electoral entre los partidos establecidos, cada uno de ellos con movimientos y organizaciones afiliadas, hicieron una aparición tentativa en 1955 y, de nuevo, con la restauración de la democracia y la política civil después de

1980. En este «sistema», el APRA quedó atrás por Fernando Belaúnde Izquierda Unida, una débil coalición. En 1980, la fortuna de estos partidos se debilitó por la crisis económica y la insurgencia (liderada por Shining Path). Después de 1980, por todo el país, el APRA ganó terreno. En 1990, Izquierda Unida ganó gradualmente las elecciones finales de la década de 1980, si bien

Las elecciones de 1990 coronaron la crisis política central. Esta elección fue ganada por independientes —el entonces presidente actual ganador, Alberto Fujimori—, quien disolvió el Congreso y comenzó su mandato tras su reelección en 1995. Su gobierno fue coteada por posibles oponentes. En 1995, Alejandro Toledo, un líder del movimiento, volvió a la presidencia. La segunda vuelta fue el ex presidente Alan García.

En ambos países, el hundimiento (o débil) fue acompañado, propulsado por movimientos ciudadanos y de nuevos movimientos. En Perú, el proceso fue visible antes en Perú, cuando en oposición al gobierno militar y a las organizaciones para alcanzar necesidades básicas, la peruviana jugó un importante papel en la formación de movimientos, entrenando activistas y liderando ellos. Al final de la década de 1980, la crisis de decadencia económica (que había comenzado con una creciente violencia tanto en el gobierno, dañó la capacidad de las organizaciones de movilizaciones continuaron (Diccionario, 1997), pero fueron más efímeras y menos racionales en el liderazgo de la crisis. Los partidos se debilitaron y desarrollaron un sentimiento de desconfianza en sus propios objetivos e intereses de los partidos políticos.

En Venezuela, el poder de las organizaciones ciudadanas para colonizar la sociedad civil fue bastante el crecimiento de asociaciones

2. El problema de la violencia política es una prioridad en Perú. Los líderes de la década de 1980 son ahora las principales fuerzas en el nuevo régimen democrático: liderazgo local, municipios, gobierno regional. También hay jóvenes líderes emergiendo. Sobre patrones recientes de violencia y protesta en Venezuela ver T. HERNÁNDEZ (2002) y M. LÓPEZ MAYA (2002).

3. El proceso de reminiscencia política condujo al referéndum que terminó con la «transición invisible» (M. A. GARRETÓN, 1989).

empezaron a aparecer a mediados de la década de 1980, con raíces en los movimientos del sector de los negocios y en todos los grupos de propietarios urbanos opuestos a un desarrollo ilimitado. Pronto la defensa de los intereses vecinales se extendió en una agenda más amplia que buscaba la creación de más gobiernos autónomos urbanos, con alcaldes y gobernadores independientes electos y no nombrados. Esta reforma, que tuvo efecto en 1989, vino acompañada de otras medidas descentralizadoras y empezó a reconfigurar las dinámicas del liderazgo político y de las campañas en la década de 1990. Al mismo tiempo, el largo declive económico, que continuó durante la década de 1990, deterioró la capacidad de los líderes políticos para disponer patronazgo y, por lo tanto, para mantener lealtades. Aparecieron grupos profesionales autónomos y fundaciones privadas, nuevos grupos empresariales consolidaron su posición y movimientos sindicales independientes empezaron a ganar terreno. Estos últimos, más exitosos en las plantas de acero de la Guyana, organizaron un exitoso movimiento político, la Causa R (la Causa Radical). El término «sociedad civil» apareció como una característica habitual del discurso político venezolano y se empezaron a hacer esfuerzos para forjar cierta clase de posición unificada (Gómez Calcaño, 1998; Salamanca, 2003; Levine, 1998).

La trayectoria política de Hugo Chávez Frías, su elección como presidente en 1998 (confirmada en sucesivas votaciones bajo la nueva Constitución y la nueva legislación electoral) y su proyecto político, supusieron un reto para la legitimidad del andamiaje político de las cuatro décadas anteriores, proponiéndose construir un nuevo sistema político y social, supuestamente más democrático. El profundo populismo basado en una retórica de clase ha sido el pan nuestro de cada día de la «Revolución bolivariana» desde el principio, señalando la movilización de las masas como uno de los principales elementos legitimadores. Como anteriormente Fujimori en Perú, Chávez se ocupó de destruir los partidos políticos preexistentes (y sus grupos asociados, destacando los sindicatos), con la diferencia de que Chávez quería reconstruir la política con un estilo «revolucionario» y «participativo» y con un amplio cuadro de arenas y grupos en contacto directo con el líder y el Estado. En la práctica, esto ha significado el ataque y desmantelamiento de las viejas estructuras, inventando y reinventando compulsivamente otras nuevas, incluyendo principalmente el propio partido político del régimen, redireccionando los recursos estatales a lo que ha sido vagamente definido como «círculos bolivarianos».

El hundimiento y fracaso del viejo sistema fue tan absoluto que le llevó a la oposición varios años comenzar a reagruparse. Los primeros pasos llegaron con el fracaso gubernamental para «tomar» la Universidad Central de Caracas para el «pueblo» y con el fracaso del referéndum convocado por el gobierno para «renovar» el liderazgo de la Federación de Sindicatos. Estos intentos fueron seguidos por una importante ola de paros laborales, huelgas y marchas, que se convirtieron en un rasgo habitual del calendario en Caracas y, en menor medida, en otras ciudades. Las formas de protesta comunes en otros países, como los cacerolazos (golpeo sistemático de sartenes y ollas que genera un ruido ensordecedor) y las caravanas de vehículos zumbando sus bocinas, fueron utilizados y las marchas masivas (dejadas de lado por un largo tiempo desde que

se tornó a favor de las campañas
rio. Un régimen que señaló com
zación, fue ahora objeto de num
de cierta debilitación y teniendo e
men empezó a exhibir sus propias
zos de diciembre de 2001 hasta lo
una inmensa marcha que iba des
fue atacada por pistoleros. Mucha
tante, el gobierno fue reemplazad
y diferentes coaliciones de ciuda
«tira y afloja» entre los grupos e
damente, el ritmo de las march
tuándose durante el otoño del 20
2002 y principios del 2003.

Es instructivo comparar las rivalidades compitiendo para echar, apoyar o sacar a cabo por una coalición de grupos políticos a nivel local y nacional con experiencias de los grupos del OAS de fraude e irregularidades. Las crecientes revelaciones de corrupción y las movilizaciones fueron comenzadas por los grupos que empezaron con actos simbólicos como los lavados de la bandera (para limpiar). Se extendieron, se incorporaron con el tiempo a la financiera y organizativa⁴. La campaña de los Cuatro Suyos⁵ en Lima, el 28 de octubre de 1980, las organizaciones regionales y nuevos elementos en el ámbito nacional en público. Las organizaciones de 1980 habían desaparecido de la escena perdiendo su *status* legal después de la reorganización del Constituyente en 1993 y más tarde, cuando sólo asumieron el poder una vez más.

4. Los trabajadores sindicados y la federación de empresarios no es, por una parte, una cuestión de interés común, llevando la federación sindical a votar en contra del referéndum sindical del otoño del 1977, y por otra parte, el paquete de leyes anunciado en la misma época, que se esperaba que calmasen las tensiones por algún tiempo, inflamadas por el mar a los sacerdotes «diablos con sotanas rojas», que se oponían a la reforma de la propiedad privada. Los medios han sido una de las principales fuentes de información. En algunas ocasiones, éstos han respondido de igual manera.

5. El nombre procede de las cu

En Venezuela, por el contrario, tan pronto como la oposición al presidente Chávez se repuso y empezó a tomar fuerza, el pilar organizativo para sostener la acción no recayó en los grupos formados en los diez o quince años anteriores. Una inesperada pero muy efectiva alianza antigubernamental fue generada entre la federación de sindicatos, la Iglesia Católica y los medios de comunicación. Los primeros dos facilitaron recursos organizativos, mientras que los dos últimos dotaron de legitimidad y amplificaron la voz del pueblo. Que esta coalición fuera capaz de poner mucha gente en las calles de forma regular dependía menos de los propios miembros de los grupos, que en la motivación de una red de grupos vecinales y defensores de los derechos humanos⁶ articulada voluntariamente.

A pesar de las continuas referencias al papel de la «sociedad civil», en ningún país los miembros de las organizaciones de la década anterior, una vez que ellos se vieron como potenciales fundadores de un nuevo tipo de política, jugaron un papel central. Diferentes tipos de organizaciones emergieron para tomar el liderazgo. Aparte de los grupos en defensa de los derechos humanos, los cuales han crecido en el área en los últimos quince años en respuesta a las dictaduras (*Sikkink*), los actores organizativos reales fueron tanto coaliciones ocasionales formadas para un objetivo concreto alrededor de un líder específico (por ejemplo, Alejandro Toledo y Perú Posible) o viejas organizaciones como sindicatos, federaciones empresariales o la Iglesia. La movilización y el compromiso no fueron tan sostenidos por las propias estructuras de los grupos como por la presencia de un número de grupos e individuos, vinculados débilmente entre sí que facilitaron conexiones e intercambio de información, apoyo y recursos, de forma transversal más allá de grupos, sectores sociales y espacios físicos (Granovetter, 1973; Smith, 1996). Si esto es correcto, la movilización –incluso la movilización sostenida y masiva– es compatible con la ausencia de un soporte organizativo como el suministrado tradicionalmente por los partidos políticos. Pero al mismo tiempo, la ausencia de una estructura organizativa estable puede deteriorar la potencial consolidación de beneficios y hacer más fácil a los ciudadanos plantear demandas y conseguir que los líderes rindan cuentas, sin la necesidad de una nueva ronda de movilizaciones masivas que desafíen a las instituciones. Esto merece un análisis más exhaustivo.

III. CONSIDERACIONES SOBRE EMPODERAMIENTO, DESEMPoderAMIENTO Y REPRESENTACIÓN

El empoderamiento es un concepto notoriamente plástico usado a menudo en combinación con otros términos igualmente dinámicos como «sociedad civil» o «capital social». Como en el caso del término *accountability* (rendición de cuentas), el *empowerment* no tiene una equivalencia fácil en español, viniendo el neologismo «empoderamiento» a ocupar este nicho lingüístico. La elasticidad de estos conceptos refleja su

6. La presión fue tal en Perú que el conocido libro de J. MATOS MAR (1984) es titulado *Desborde Popular y Crisis del Estado en el Perú*.

carácter multidimensional: se refiere a la voz, identidad personal y colectiva, capacidad de asegurar bienes y servicios sociales. De estos conceptos, «empoderamiento» denota un tipo de procedimiento organizativo, que provee a los ciudadanos una voz en la esfera pública, reduciendo las barreras de un sentido de autoestima y reconocimiento.

En este sentido, la relación entre empoderamiento y participación parece quedar suficientemente clara. Pero si se ven a sí mismos como ciudadanos que abrieron el camino para hacer del mundo un lugar mejor, el énfasis en la identidad personal y colectiva entre empoderamiento y organización se vuelve más claro, uniendo las capacidades individuales y colectivas en un todo amplio. Pero al mismo tiempo, si se ven a sí mismos como líderes, las decisiones del líder se asfixia la decisión de producir también desempleo. En los Estados Unidos, Warner (1993) argumenta que el empoderamiento de la religión estén la felicidad en la religión no tiene nada que ver con la religión en la religión no son aquellos que se ven a sí mismos como líderes (1993) recae en un argumento que la construcción a largo plazo de la religión requeridos para trabajar juntos, ni mucho menos en simplemente.

Esto es mucho pedir para muchos movimientos no han sido tan exitosos y empírico más reciente sobre la representación en América Latina. Cada por las exageradas expectativas de un nuevo movimiento. La autonomía de los partidos políticos, instituciones e instituciones de «lo pequeño es bello» ha sido de política germinaría a partir de la secuencia, esto dispondría la base para una nueva clase de partidos políticos democráticos y más empoderados.

7. P. OXHORN (2002: 14-15) argumenta que los movimientos deben ser llevados a cabo sistemáticamente, sin importar de quienes son, al margen de clases sociales. Esto ha sido demostrado ya el éxito de esos esfuerzos.

pasado (Drogus, 1997; Hellman, 1992; Lander, 1995; Levine y Stoll, 1997; Lora, 2002; Ortner, 1995; Oxhorn, 2001; Tovar, 1991).

Esto no ocurrió. Caso tras caso, las nuevas políticas fueron absorbidas sin problemas por las anteriores y los movimientos acabaron separándose o simplemente se desmoronaron. El que estos movimientos fracasaran y el «empoderamiento» no persistiera no debería sorprendernos. Los movimientos a menudo fallan o acaban en agua de borrajas: el activismo es costoso y antinómico y las presiones económicas y familiares del día a día para la supervivencia hacen difícil la longevidad de la organización (Piven y Cloward, 1977 y 1998). En cualquier caso, como Stokes (1995) y otros autores han mostrado en el caso de Perú, el desarrollo de estilos de organización más participativos (y por lo tanto «empoderantes») entre las clases pobres urbanas no sustituye necesariamente a los viejos conceptos o formas de acción. La gente es práctica y los nuevos estilos de acción se sitúan como alternativa a considerar (y quizá para no emplear), como parecen indicar las circunstancias.

¿Qué significa desempoderamiento? ¿Cuál es el camino entre el empoderamiento y desempoderamiento? Se observa un abandono del activismo a menudo provocado por el agotamiento, a veces por presiones familiares (normalmente de género, de la mujer querida). También encontramos un fracaso en la renovación del liderazgo. Los grupos que apoyan la democracia pueden por supuesto pasar por autoritarios y los líderes podrían encontrar difícil la apertura del camino a las nuevas generaciones. El problema es notorio en los grupos ligados a la Iglesia Católica (como muchos lo han sido) donde, dada la dependencia en los clérigos, se produce una enorme vulnerabilidad cuando un clérigo más conservador entra en escena. Finalmente, por supuesto, con la apertura de los nuevos espacios políticos (a través de transiciones a la democracia o reformas de los sistemas democráticos) los activistas más jóvenes encuentran otras salidas, quizá más agradecidas o menos costosas, para sus esfuerzos.

Nosotros no sugerimos que el empoderamiento es necesariamente ilusorio. Muchos hombres y mujeres han adquirido realmente nuevos conocimientos y retratos y los han proyectado en otras personas de sus comunidades. El punto central aquí radica en que el concepto es incompleto y la realidad frágil. La dificultad recae en los vínculos de la organización y la construcción de una representación fiel que podría perjudicar la consolidación de beneficios. Los lazos entre los espacios civiles de empoderamiento y los espacios públicos de representación política, por un lado, y el poder estatal, por otro, siguen siendo problemáticos. La ausencia de vínculos estables para reforzar las estructuras también reduce la visibilidad de los grupos en la esfera pública, lo cual es esencial para su reconocimiento como actores legítimos demandantes de derechos y bienes.

El problema teórico es discernir cuál es el camino en el que el empoderamiento es perseguido, la representación construida o las conexiones realizadas, por parte de los movimientos urbanos, que tienen cierta autolimitación o, quizá, unas cualidades autodestructivas. Nuestro concepto de representación debe ser lo suficientemente amplio para incluir a ambos grupos y a las estructuras políticas formales. También necesitamos entender cómo el destino de los grupos y las protestas están relacionados con los mecanismos electorales formales de representación. En otras palabras, cómo las

elecciones, los mecanismos electorales, los candidatos, delimitación de las circunscripciones electorales, los sistemas de votación, los esquemas dentro de los marcos institucionales, principalmente el sistema de partidos políticos, entre otros. En estos temas, especialmente en consideración

Nuestro recorrido anterior muestra que a pesar de que el m Venezuela que en Perú, en amboc ción) de este modelo (y de sus no largo proceso de deterioro orga ciales del control del partido mi de grupos operaran en los recien incluyen la expansión de los mov reglas electorales en el desarrollo gencia de un número de grupos y sociedad civil. En Perú, donde los tomar la iniciativa, el crecimiento las viejas estructuras y produjo unidos por la necesidad común vivienda, alimentación, transport locutores fiables y de accesos reg tales, la relación entre las razones y más generales es difícil de identif

En ambos países, los nuevos
necesidades muy específicas de
situación económica. La satisfac
tructuración de las instituciones
campañas a favor de la reforma po
tener estas campañas requirió de
podían suministrar y conseguir a
y caer en esquemas clientelistas
borrosa. Uno no necesita tener el
no y su calibre (Eckstein, 1977)
tan aliados en el Estado y en arena
pueden tener otras prioridades. E
tante en este caso. Por lo tanto, es
con recursos autónomos, que libe
El carácter de clase media de muc
nistraría una independencia equi

No se puede cuestionar que la experiencia acumulada en la década de 1990 y en Perú, así como en otros países, des para la organización, la repensar y utilizar las experiencias aprovechadas con gran vigor en la actualidad.

y se emprendió un profundo proceso de desalineación y realineación política. Pero los beneficios fueron efímeros y tanto Fujimori como Chávez trabajaron para recentralizar la política y retener y limitar las reformas que tomaron fuerza en la etapa previa. Los gobiernos de Fujimori desde 1992 tornaron más y más hacia un modelo populista, haciendo a los grupos de ciudadanos dependientes del Estado y restringiendo el acceso independiente a los recursos. El régimen de Chávez hizo un esfuerzo (exitoso por un tiempo) para saltarse los procesos formales de mediación y representación de intereses, a favor de una relación más directa entre el líder y la gente (Levine, 2003; Salamanca, 2003). Esto significó un paso atrás para la independencia de los movimientos sociales y para la descentralización, lo que les facilitó a éstos el acceso a espacios viables para la movilización y para la acción. En ambos casos, la presencia de ONGs se redujo y muchos grupos transnacionales tornaron su atención y recursos a nuevos campos de acción en Europa central y del este.

En muchos casos, la revalorización de los trabajos sobre movimientos urbanos y empoderamiento ha estado ligada a la literatura de la democratización y la transición a la democracia. Creemos que los temas pueden ser situados de forma más efectiva en un contexto más amplio de consideración del activismo, los movimientos sociales y las instituciones. Muchas transiciones a la democracia presentan la siguiente anomalía: la movilización ciudadana y los nuevos grupos civiles protagonistas en la campaña a favor de la democracia se debilitaron, se dividieron o simplemente desaparecieron con la restauración de la democracia. La anomalía no sólo recae en este agotamiento, el cual tiene cierto sentido dada la disponibilidad de los canales de acción y la competencia para la obtención de apoyos y recursos. Aunque el debilitamiento fue más o menos inevitable, el proceso fue impulsado en casos clave por una concepción ingenua e inviable de la política y por unos aliados políticos infieles y desleales. Con la posible excepción de Brasil, donde el PT tiene claras raíces en los movimientos populares y ha crecido gradualmente en todos los niveles, la experiencia común ha sido presidida por división y traición (Blondet, 1991; Lander, 1995; Levine 1998a; Levine y Stoll, 1997).

Si reenfoquemos el problema en términos de movimientos sociales y activismo, la anomalía presentada por éste en referencia al desempoderamiento es más fácil de entender. Encontramos dos puntos fundamentales. Primero, los movimientos normalmente nacen, crecen, triunfan o fracasan y se debilitan en consonancia con lo que Tarrow (1994) denomina «ciclos de protesta». Este autor asegura que lo que es característico de estos períodos no radica en que todas las sociedades se desarrollan en la misma dirección y al mismo tiempo, de hecho raramente lo hacen, o en que estos particulares grupos populares actúen del mismo modo una y otra vez. Los efectos de demostración de la acción colectiva por parte de un pequeño grupo de «tempranos insurrectos» activan una serie de procesos de difusión, extensión, imitación y reacción sobre otros grupos que están habitualmente inactivos. En este sentido, la cuestión apropiada no es tanto por qué los grupos no sobreviven, sino qué pasa si ellos dejan algún legado en términos de nuevas reglas, expectativas o capacidades. El segundo punto atañe a la estructura de oportunidad que los ciudadanos urbanos afrontan —recursos y disposición de canales institucionales, rendición de cuentas y acceso—. Escritores como Castañeda (1991) han

argumentado que un vistazo sobre el «gobierno» ofrece el camino más productivo para el empoderamiento sostenido de los sectores populares. El claro legado de normas sobre elecciones representativas y duraderas del populismo deja al final a los activistas sin salida, a la misma dependencia—. La historia es incompleta, con muchas reformas pendientes a la ingeniería y el diseño institucional que una excepción. La institución amplía las probabilidades, pero no los electorales o la demasiado hábitu-

IV. ESPACIOS Y MOVIMIENTOS URBANOS

Las consideraciones anteriores sobre los espacios urbanos y de los movimientos sociales en la arena de acción y sus ciudadanos urbanos. Como muchas veces en América Latina, el caso urbano en Venezuela y Perú está controlado de las grandes ciudades y las zonas rurales. Recientemente, las ciudades han ganado importancia económica y política. Las migraciones internas han crecido no en los dos casos. En Venezuela, la inversión urbana para y por el período de la década de 1930, dejando la inversión urbana vino más tarde en Perú por la extrema pobreza en el campo y por la gran desigualdad en las ciudades. Las migraciones de grupos étnicos a niveles descentralizados llegaron a Lima trayendo con ellos el *quechua*.

En ambos países, la nueva problemática urbana, particularmente en las superpobladas de agua, transporte, educación y servicios básicos.

8. El Informe Anual de PROVEA sobre los derechos humanos, recoge que a diferencia de otros países, en febrero de 1989, fue posible que las demandas estaban ampliándose. Ahora, la participación para nuevos grupos: médicos, enfermeros, artesanos, culturales, amas de casa o movimientos de mujeres de los derechos básicos.

La configuración espacial de la expansión urbana y la disponibilidad del transporte dentro de la ciudad, ha impactado notablemente en la organización, en los movimientos ciudadanos y en el empoderamiento. Nuestro análisis de la emergencia de los movimientos y de sus problemas urbanos es estructural: siguiendo el camino de Eckstein (1989) situamos a los movimientos en un contexto creado por la estructura de oportunidad política de nación y ciudad y la forma y el contenido específico dado por la disponibilidad de los recursos y por aquellos presentes (ONGs, sindicatos y partidos políticos) compitiendo para la provisión de servicios, orientación y liderazgo. Esta estrategia tiene sentido teórico. También práctico, dadas las dificultades de estimación fiable del número de movimientos, activistas y asociaciones existentes en cualquier momento⁹. Nosotros ofrecemos estimaciones donde es posible, pero avisamos del peligro de confiar sólo en números.

En Perú la trayectoria de los movimientos urbanos no siguió la de otros movimientos sociales, en el sentido de una acumulación gradual de fuerzas. Más bien, después de cada movilización triunfante, parecían desvanecerse. Como apuntaba desesperado un líder local, una vez que la electricidad fue instalada y el alumbrado público establecido, «ellos compraron un televisor y se quedaron en casa». Lo mismo pasó después de luchar por conseguir el suministro de agua corriente y el alcantarillado para el vecindario y obtener este servicio. El movimiento urbano ganó importancia y presencia en Perú durante la década de 1970, cuando la esfera pública estaba limitada por la presencia de un régimen militar, con elecciones sólo posibles en la esfera privada, con organizaciones voluntarias libres para elegir y congregarse a sus líderes. El Estado regulaba esas elecciones y reconocía el derecho de los líderes electos para negociar los servicios públicos. Estas prácticas electorales y la experiencia de representación fue importante para la creación de una esfera pública independiente dentro del régimen autoritario. Hasta el final de la década, hubo intentos para centralizar las organizaciones vecinales en Lima.

¿Cómo podemos entender mejor el empoderamiento de los actores urbanos durante la década de 1970 en un contexto de cambio del sistema político? ¿Cuál fue el significado del poder que se había venido generando en esos vecindarios? Desde la perspectiva de las teorías de la acumulación de poder esto fue claramente un proceso gradual de creciente movilidad social y no de una transformación mayor de las relaciones de poder. Pero desde la perspectiva de la construcción de la ciudadanía, hubo realmente un cambio significativo en términos de poder en tanto en cuanto los sujetos o los clientes miembros de esos movimientos se convirtieron en ciudadanos con derechos. La búsqueda y el ejercicio de los derechos políticos en las ciudades está condicionada por la remodelación de éstas como arenas políticas no sólo para la protesta (espacios para reclamar) sino también como sitios para la clásica representación, incluyendo la creación de unidades de gobierno relativamente independientes. Con el fin de la dictadura militar y el advenimiento de la política democrática en 1980, las elecciones municipales inauguraron

un espacio electoral público para que virtieron en alcaldes o miembros

Durante la década de 1980, los urbanos experimentó un cambio. Recieron de ella y los que fueran nuevas demandas. Tanaka (1999: 117), privado: la consecución de los se han cambiado de forma radical. Todo un nuevo esquema de sign militancia en las organizaciones. Riales condujeron a enfrentamientos cooperativas, a diferencia de las a nos o el Estado, produciéndose movimientos sociales anclados en ideas responde al desarrollo urbano y diarios autogestionados. Las ciudades viejas incursiones o se extendieron res unifamiliares en plurifamiliares.

En los espacios urbanos de los unos objetivos muy concretos (re propiedad, agua, electricidad, pados por los gobiernos municipales para las elecciones municipales expertos en gestión urbana, más buido a multiplicar el número de los locales. Una vez convertido el locales se parecen a cualquier otros, asociaciones culturales, asociaciones, sindicatos de profesores, etc.

Cuanto más aguda se hizo la más dinámicos se convirtieron los suministrar alimentos, resistir el rismo y la arbitrariedad del Estado zados y pudieron participar en la media principalmente: profesores transporte público. La continua los insistentes paquetes de ajuste a los negocios. El resultado duración de las masas que vino acompañe se acentuó fuertemente después Luminoso en la escena nacional.

El carácter particular de esta supervivientes en la vida urbana.

9. Definiciones distintas de lo que es sociedad civil implican también diferencia en los números, ver P. OXHORN (2002) y L. SALAMANCA (2003).

bajo Alfonso Barrantes, alcalde de Lima elegido por Izquierda Unida en 1983, distribuyó un millón de vasos de leche diariamente a nivel nacional a preescolares, mujeres que dieron a luz recientemente y, más tarde, a enfermos de tuberculosis. Existían también comedores populares, algunos autogestionados, otros patrocinados por parroquias católicas y organizaciones dependientes de los partidos, como por ejemplo las asociaciones de madres dependientes del APRA o las cocinas populares apoyadas por AP. El esquema común consistía en la asociación de un grupo de mujeres, que cocinaban en la casa de alguna de ellas y vendían la comida a un precio nominal a sus miembros, quienes recogían la comida y la llevaban a casa para tomarla con sus familias. Llegaron ayudas complementarias desde ONGs y el Estado, a veces mediante la donación de equipamiento para cocinar como hornos, sartenes y ollas y también mediante la provisión regular de alimentos, como aceite, arroz o trigo. El trabajo voluntario de sus miembros y su propia contribución a la hora de financiar la comida es central en este tipo de organización para la cooperación y probablemente una razón de por qué no se incorporaban las familias más pobres del vecindario.

Estas organizaciones y algunas similares fueron pioneras en el cambio de la concepción de la representación y en la forma en que la política era dirigida. En septiembre de 1988, después de la primera ola de políticas de ajuste estructural, organizaron una enorme movilización bajo el lema «Protesta como Propuesta». Ellos demandaban el apoyo del gobierno para comprar comida a los productores locales en vez de importarla del extranjero. Esto vino unido a ayudas para el desarrollo rural de los más desfavorecidos, añadiéndose las demandas de los campesinos a la agenda de los movimientos urbanos. Justo después, la Iglesia comenzó el Programa Social de Emergencia (PSE) ofreciendo los recursos para canalizar la ayuda internacional para los pobres. El programa abrió un espacio público donde el liderazgo de los comedores, la asociación empresarial CONFIEP, ONGs y la Iglesia Católica podían trabajar juntos para elaborar un plan de emergencia. Este programa continuó bajo el gobierno de Fujimori como el Programa de Emergencia Social (PES).

En 1990, los dirigentes de los comedores decidieron institucionalizar su derecho a recibir fondos públicos para alimentar a los desfavorecidos. Varias organizaciones, tanto independientes como vinculadas a partidos políticos, se unieron para la consecución de este objetivo y presionaron a legisladores de diferentes partidos, consiguiendo sus objetivos a final de ese año con una ley, promulgada por Fujimori, en la que se reconocía la responsabilidad del Estado en la alimentación de la población necesitada. Una exitosa organización de comedores llevó a las mujeres a la calle para oponerse al grupo terrorista Sendero Luminoso. En una movilización en El Agustino, ellas se manifestaron contra la huelga general convocada por Sendero Luminoso con el himno de «ni con hambre ni con balas» para reclamar su independencia y coraje, lo que costó muchas vidas.

Una vez que la distribución de la comida estuvo centralizada en el gobierno a mitad de la década de 1990, la dirección, que normalmente era elegida o rotada entre los miembros de las asociaciones, fue reemplazada por gente de la misma organización pero leales al régimen. Había unos 2.000 comedores autogestionados, 3.000 *clubs* de madres y

más de 7.000 comités del programa. Los líderes políticos de esas organizaciones fueron creados para cada nivel de gobierno. Las mujeres candidatas, los miembros del consejo municipal y las propias organizaciones, pero terminando con ellas a sus circunscripciones.

Durante la década de 1990, la libertad de las organizaciones urbanas y las discusiones abiertas en los comités de candidatos. Los movimientos ciudadanos, por un lado, y el controlador principal de los grupos terroristas, principalmente dentro de la ciudad y sus competidores. Por las mismas razones, los propósitos principales del gobierno fueron vínculos seguros con la población y las autoridades: el desempoderamiento del Estado. Las más importantes no estuvieron relacionadas con el asalto a las viviendas en solidaridad, a menudo en la persona de María Elena Moyano por Sendero Luminoso, un enorme vacío político, en tanto que los grupos proletarios y sólo la Iglesia Católica para organizar lo que quedaba. El dato de Fujimori fue cuando la gente salió para la reunión y la protesta.

Tanto en Venezuela como en Perú (y los barrios de la capital) es una clase: desde marchas y manifestaciones jugaron un papel central en el movimiento en enero de 1958. La ocupación de la cantidad de poblados de chabolas y la vida en la ciudad durante la década de 1970 se ha adelantado, una clase diferente surgió décadas más tarde con la emergencia política nacional y con la necesidad de esa acción. Se formaron asociaciones urbanas y en defensa de los derechos, presionar por una mayor autonomía que esto conllevaría. Las primeras décadas de 1970 en una serie de áreas de ciudades (Comunidades Urbanas) f

asociaciones. FACUR proyectó un modelo de asociaciones y federaciones regionales similares que pronto empezaron a extenderse por todo el país. A comienzos de la década de 1990, había federaciones en cada Estado, que en total agruparon unas 15.000 asociaciones. En 1987 el movimiento ciudadano consiguió la reunión de 140.000 firmas para pedir una reforma de la ley reguladora de los gobiernos municipales (Ley Orgánica del Régimen Municipal o LORM). Ésta fue una de las más importantes movilizaciones pacíficas hasta aquel momento en Venezuela. Los cambios en la ley incluían la elección de los gobernadores, la elección de los alcaldes, la creación de consejos parroquiales y la posibilidad de destituir los cargos.

El impacto del movimiento fue magnificado por la Escuela de Vecinos de Venezuela (EVV). Ésta surgió de una división de FACUR y se consolidó a nivel nacional a mediados de la década de 1980, con el importante apoyo de los empresarios y de ONGs nacionales e internacionales. Desde entonces, la EVV ha establecido oficinas regionales, ha montado un programa regular de cursos para asociaciones y cargos públicos locales y ha sostenido una gran variedad de cursos por correspondencia, reuniones periódicas y presentaciones en los medios. Los líderes de la EVV han venido resistiendo generalmente presiones para formar un partido político, prefiriendo desarrollar una serie de grupos de presión, cada uno dedicado a un área determinada. Por ejemplo, destacan Queremos Elegir, dedicado a la reforma electoral, Fiscales Electorales de Venezuela, concentrados en promover la implicación ciudadana en la supervisión de los colegios electorales y Venezuela 2020, organización ocupada de promover grupos de trabajo y mesas redondas sobre la conformación del futuro del país. En otras palabras, no es un partido pero sí algo así como «sociedad civil» (García Guadilla y Silva Querales, 1999; Gómez Calcaño, 1996; Lander, 1995; Levine, 1994 y 1996; Salamanca, 2003).

Sólo se ha extendido el uso en Venezuela del término «sociedad civil» en los últimos diez años. Hasta entonces, los partidos políticos fundados en la década de 1940 y el sistema político consolidado alrededor de éstos después de 1958, encapsularon la expresión de vida social organizada a través de las redes controladas por los partidos. Más contemporánea es la teoría que describe la «emergencia de la sociedad civil» en términos defensivos. El movimiento vecinal comenzó como resultado de descoordinados esfuerzos de las clases medias urbanas para resistir al crecimiento descontrolado de la ciudad y para defender los vecindarios en este contexto. La emergencia de los movimientos por los derechos humanos es diferente. Éstos empezaron a aparecer en la década de 1980, en respuesta a los abusos específicos y desafiando las extendidas prácticas de impunidad oficial, especialmente en el caso de la policía¹⁰. Estos movimientos alcanzaron estatura e impacto en el levantamiento del Caracazo, el 27 de febrero de 1989. La violencia creciente durante la década de 1990 los ha mantenido en la luz pública. Lo que estos grupos han tenido en común ha sido el esfuerzo por movilizar la opinión (y la gente) fuera de la red de organizaciones existentes bajo la

10. La representación fue mas efectiva cuando hubo distritos plurinominales (1985, 1990), puesto que las circunscripciones uninominales (1992, 1995, 2000) limitan las posibilidades electorales de las élites, dejando de lado los nuevos líderes provenientes de los movimientos recientes.

influencia de los partidos políticos. Durante la crisis política creció y los venezolanos se hicieron responsables de los problemas del país. Se usaron eslóganes para la reforma y el

Una vez en el poder, el gobierno peruano usó su retórica participación democrática para introducir una serie de provisiones constitucionales que garantizan la participación activa de la «sociedad civil» en la política. La Ley de 1999, por ejemplo, contempla la participación «consulten con» la sociedad civil en la formulación y que la «sociedad civil» designe a los representantes designados de la organización de las elecciones. Sin embargo, aparecen en algún otro sitio del texto constitucional que van disputas sobre la definición de «sociedad civil» y determinar quién podría y quién debería participar en la creciente polarización del país ha sido un tema de debate: tanto los grupos contrarios como los partidarios del libre de la «sociedad civil», denuncian que los resultados son ocasionalmente anacrónicos. La «sociedad civil» participa en la evaluación de la práctica es el presidente el que debería de la población ha votado por el gobierno (ver pp. 27-28). Más a menudo últimamente, los conflictos entre grupos contrarios y letales con grupos enfren-

No es fácil determinar de forma precisa la evaluación de la evidencia estimada en los barrios populares en Venezuela (Salamanca, 2003). Los barrios populares, con un número sustancial de habitantes, desarrollan que trabajan con el gobierno, pero no tienen un fuerte, aunque concentrado, apoyo de una significativa, aunque pequeña, élite. Los derechos humanos.

No todas las asociaciones civiles son iguales. Hay grupos de música, teatro, grupos de grupos relacionados cuya labor es la movilización y la confrontación política y por lo tanto al Estado, al gobierno. Primero, muchos, si no la mayoría, son grupos que se crean en tiempos de crisis económica, cuando no hay una fuente de financiación y como por

11. Estos grupos incluyen PROVEA (1998) para más detalles.

clases. Segundo, el progresivo incremento del ritmo de la movilización y la polarización desde finales de la década de 1990, se lo ha puesto difícil a los grupos apartados de la división política y de los márgenes de la confrontación. Realmente, el período que va desde 1989 hasta nuestros días es probablemente la etapa con más protestas de los cien últimos años de historia de Venezuela: una gran revuelta urbana, dos intentos de golpe de Estado, la moción de censura de un presidente y la oleada de violencia en las universidades y las calles.

Con las protestas surgidas tras el Caracazo del 27 de febrero de 1989 y después del corto intervalo del segundo gobierno de Rafael Caldera (1993-1998), el ritmo de las manifestaciones, las marchas y las protestas callejeras se acentuó cuando el país comenzó un nuevo ciclo electoral. Seguramente, las protestas urbanas, a veces violentas, nunca desaparecieron del todo: el activismo estudiantil, originado por acciones violentas regulares lideradas por encapuchados, se trasladaban de la universidad a las calles. La protesta y el objetivo de la confrontación se extendieron con la elección de Chávez como presidente. López Maya (2002) muestra que, de todas las clases de protesta, las acciones de confrontación exhibieron su mayor incremento en 1999. Sus figuras no incluyen por supuesto los eventos ocurridos a finales del 2001, cuando las protestas crecieron y las movilizaciones, las manifestaciones y los enfrentamientos se convirtieron en el pan de cada día de la vida urbana, no sólo en la capital Caracas, sino por todo el país: movilización y contramovilización, marchas y contramarchas, enormes manifestaciones siguiéndose unas a las otras, incluso en cortos períodos de tiempo. Las protestas, la ocupación de edificios y las acciones coordinadas, incluyendo cacerolazos y bocinazos, se convirtieron en incidencias cotidianas.

Estos hechos alcanzaron su primera crisis con las sangrientas confrontaciones del 11 al 14 de abril del 2001, cuando unos pistoleros abrieron fuego contra una manifestación que marchaba en Caracas hacia el Palacio Presidencial y el presidente fue destituido de su cargo y repuesto unos días más tarde. Tras un breve respiro, cuando ambas partes dieron un paso atrás justo al límite, las marchas y contramarchas, esta vez por todo el país, comenzaron de nuevo surgiendo una segunda crisis con la huelga que empezó a finales del 2002. No está claro el momento en el que viene la siguiente crisis y cómo es ésta resuelta. Lo que sabemos es que el liderazgo y la columna organizativa de la oposición se recuperó rápidamente, pactando con el movimiento sindical, la federación de empresarios y la Iglesia Católica. Los líderes sindicales, rejuvenecidos tras deponer al gobierno en un referéndum, organizaron el día a día de forma significativa. A éstos se les incorporaron pronto activistas provenientes de partidos políticos, grupos de derechos humanos y otros dándose una coordinación de varias agrupaciones, como por ejemplo la Coordinadora Democrática en el verano del 2002. Para los objetivos presentes, la característica remarcable de este proceso es el papel central jugado por las viejas organizaciones como sindicatos y patronal y cómo los esfuerzos para resolver la protesta fueron restringidos por la debilidad de los líderes de ambos lados y por el predominio de extremistas, libres para actuar dado el absoluto fracaso de una clase política no acostumbrada al compromiso y a la negociación.

V. RELIGIÓN, MOVILIZACIÓN Y DESEMPODERAMIENTO

Un papel comúnmente reconocido en partes de América del Sur, ha sido el de la iglesia. En el caso de Venezuela, la asociación y la participación en los espacios públicos estaban restringidos. Las iglesias estaban abiertas para sus feligreses, para recibir información, escuchar a otros y expresar sus esperanzas. En Perú, este papel fue más limitado. La dictadura entre 1968 y 1980, limitó la participación pese a que las organizaciones religiosas se aliaron con las independientes para conseguir cambios.

En este contexto, las comunidades religiosas fueron un espacio para la asociación y la reflexión, y estimular la implicación en otros asuntos. Hubo una clara distinción entre el espacio religioso y la política. Los cristianos comparten la responsabilidad de actuar por su cuenta y no esperar a los evangelistas. Esta experiencia subyace a la crítica al desempoderamiento y desempoderamiento en la representación.

Hasta 1980, el Catolicismo fue una fuerza importante. La Iglesia Católica tuvo altas expectativas no fueron abandonadas. El modelo de desarrollo contemplado en la Constitución de 1958, que incluía la lucha contra la pobreza y después en la década de 1970, las nuevas áreas de acción común con las iglesias. También con las agencias internacionales. Antes, en 1988 la Iglesia católica lanzó el Programa Social de Emergencia, dirigido a empresarios y líderes obreros. Desde entonces, por toda la nación, la Iglesia apostó y puso su recién ganada legitimidad en las comunidades de monjas y laicos— para cuidar de aquellos inocentes en prisión. Durante este período, el clero y trabajadores católicos se dedicaron a trabajar con los pobres mediante las comunidades cristianas de base. Estos acciones fueron parte de la Acción Social), cuyo Departamento de Asesoría tuvo un importante papel en el progreso de las áreas del país. CEAS se convirtió en una institución que jugó un papel fundamental en la defensa de los derechos. El Nacional de Derechos Humanos

Durante la campaña del Jubileo convocada por el Papa y a la que se unió el movimiento ecuménico para presionar a favor de la condonación de la deuda externa a los países más pobres, la red de comunidades recogieron la mayor cantidad de firmas entre los países participantes, apoyando el movimiento. La misma red suministró voluntarios para la organización Transparencia en Perú, una ONG cuyo papel era velar por unos procesos electorales justos. Ésta jugó un papel fundamental en las elecciones del 2000, como también en las del 2001.

El «compromiso» se convirtió en una palabra clave para los cristianos en toda la Iglesia Católica en Perú. Esta clase de compromiso a la que nos referimos aquí, tiene que ver más con la participación en general que con la implicación en política específicamente. Una clara distinción es establecida entre la esfera pública política, en la cual se puede participar como ciudadano y la esfera pública social, que ha sido creada mediante el desarrollo y la práctica de la vida organizativa. Esta distinción es acentuada por la experiencia concreta de participación en comunidades y parroquias y en movimientos sociales ajenos a los canales institucionales de representación.

La preferencia por los pobres ha contribuido al crecimiento de la conciencia identitaria ensamblada en el interés común y la cultura, que traspasa diferentes clases y divisiones étnicas e incluso diferentes partidos. Pero esta conciencia religiosa no ha tenido una elaboración intelectual similar en otros campos, como la literatura o la política. La política institucional y la cultura moderna se mantienen distantes de los ciudadanos recientemente incorporados que, a menudo, se sienten marginados o alienados por las agendas públicas. Las demandas para la representación cultural al nivel institucional, el Congreso, el gobierno, el arte y los medios de comunicación, se han añadido a esos intereses económicos. Y los nuevos obispos designados en importantes ciudades como Lima, Arequipa o Trujillo no están ayudando a cubrir el hueco ni a acercar las élites con la ciudadanía.

VI. DESEMPODERAMIENTO COMO EL FUTURO DEL EMPODERAMIENTO

La combinación de una movilización ciudadana realmente activa y el desempoderamiento une las trayectorias políticas y sociales de Venezuela y Perú en una inesperada convergencia. Desde puntos de partida diferentes y con una gran disparidad en términos de tradición social, política y organizativa estas dos naciones han llegado a compartir un espacio que no augura buena fortuna para la representación y el empoderamiento de los ciudadanos. El hundimiento de las instituciones políticas, incluyendo pero no limitándose a los partidos políticos, ha dejado a los venezolanos y peruanos espacios para la creación de «sociedad civil» –un espacio que ellos han ocupado, como hemos visto, con gran creatividad y energía–. Pero dada la ausencia de intermediarios políticos confiables y leales, tanto instituciones formales como partidos políticos, estas energías se han convertido raramente en una representación sostenida y auténtica. ¿Es el desempoderamiento el futuro del empoderamiento? Mirar atrás a las recientes olas de movilizaciones masivas, principalmente urbanas, en cada uno de

los países (anti-Fujimori en Perú y algunas pistas.

Se puede argumentar que el sistema de corrupción Fujimori. Tomando una mayor perspectiva, parece incierta en Perú: aunque el v. regímenes democráticos y autoritarios. nificado que los ciudadanos peru. seguros de si las elecciones se va. ral será aplicable. Las formas de «cívicas», empiezan a tomar una l. contra Sendero Luminoso y el MR. zando más como un movimiento. res han conquistado derechos civi. en el político, en la lucha por ga. Los derechos individuales han si. puesto por Marshall. Con fuertes. chos humanos, los activistas pol. pronto gozaron de alcance internac. de que veinte años de activismo. cimiento social, tanto que son ahor. dad civil», estas organizaciones p. generar una militancia de base.

El final del régimen autorita. Estado de Derecho no han retira. da demostrado por la creación d. veinte años. Los grupos por los. das para incluir derechos social. los derechos humanos. Asimismo. atención específica a la transició. de Fujimori y la reconstrucción. ros grupos explícitamente democ. tarios opuestos a la reelección de. rechazó los esfuerzos de éste y lo. pia reelección. Estas luchas fuer. (Mujeres por la Democracia), co. reunieron en grupos como Resis. de protesta importadas de otros. nal en la Plaza Mayor de Lima, e. ción de los «Muros de la Vergü. pegar sus ideas, fotos, dibujos o c. jeras, marchas y manifestacione. se unieron bajo la dirección de

manifestación «Marcha de los Cuatro Suyos» celebrada el mismo día en el que Fujimori juraba su tercer y efímero tercer mandato.

Hasta este punto, el esfuerzo para reconstruir las instituciones democráticas en Perú ha puesto el énfasis más en las instituciones que en los actores o los recursos. El nuevo límite de la lucha urbana y de la movilización está teniendo lugar fuera de la capital Lima. En Iquitos, el Frente Regional, fortalecido durante las negociaciones llevadas a cabo por Fujimori con Ecuador para el establecimiento de las fronteras, está empezando a reclamar recursos para el desarrollo y demandando que los beneficios sean para los peruanos en vez de para los ecuatorianos. También hay activos frentes regionales en Tacna, en la frontera con Chile y en Puno y Madre de Dios, en la frontera con Bolivia. Básicamente, estos movimientos no son de corte urbano porque incluyen campesinos, pero son organizados primero en las ciudades de provincia por gente de los negocios y académicos procedentes de las universidades locales y por cargos locales. El proceso de descentralización recientemente iniciado con las elecciones regionales de noviembre del 2002, dará un dinamismo añadido y recursos a esas organizaciones y abre en este camino espacios para la emergencia de nuevos grupos y líderes.

En Venezuela, los nuevos movimientos ciudadanos y formas de protesta, idea real de la «sociedad civil» como un espacio autónomo para la acción y la organización, aparecen en la democracia ya establecida. Sus objetivos no fueron retar o abolir el régimen autoritario, sino ampliar o profundizar esa democracia desatándose de los límites impuestos por unas agonizantes instituciones y reglas tácitas centradas en los partidos, pero que todavía controlaban todo. El recorrido histórico es diferente al peruano pero el resultado es sorprendentemente similar. La creación de un movimiento alrededor de Chávez, su llegada al poder y la implementación de la Revolución bolivariana extrajo fortaleza del descrédito del viejo sistema y la asociación implícita del movimiento con la «sociedad civil», al menos en términos retóricos. Todo el proceso se dota de sentido como parte de la ofensiva al viejo sistema, a sus instituciones y a sus reglas operativas. Como Komblith (1999) muestra en diversas publicaciones, el término «representativo» aparece raramente en la Constitución bolivariana de 1999. Por el contrario, la democracia venezolana es «y siempre será democrática, participativa, electa, descentralizada, alternativa, responsable, pluralista y de mandatos revocables» (art. 6). Los resultados han sido insuficientes. Las nuevas instituciones nunca o casi nunca han seguido lo establecido en la ruta.

En ambos países, el estancamiento político y el escarpado declive económico, seguidos de una aparente euforia (resignación de Fujimori, elección de Toledo; victoria de Chávez, su caída y reposición, la aparición de una oposición y la escalada de violencia), se combinaron para hacer más duro el mantenimiento de activismo para la gente ordinaria. Es muy pronto para calcular los costes de la gran huelga en Venezuela pero son fáciles de imaginar los costes para los individuos, los negocios, los movimientos y las cuentas nacionales. A pesar de que el desplome de los partidos dejó libres a grupos en los dos países, en la misma medida los dejó perdidos y a la merced de una supuesta relación directa con el líder, quien quiera que éste fuese. No es probable que la «sociedad civil» que se construyó en este sentido genere una organización permanente, pero

sí demasiado posible que acabe con personalistas tan fuera de su control. La organización fuerte y duradera la «sociedad civil» y la dirección a una sociedad comp...

El puzzle de la movilización y de la dificultad es práctica: obstáculos que lo intentan. También hay un debate sobre empoderamiento, entre la reflexión sobre movimientos para ampliar el acceso ciudadano a la participación. Esto está empezando a ser una lucha contra la Pobreza, establecidas en la ley. Ha habido también un Acuerdo de los frentes regionales y las Mesas de la Verdad. Todo esto puede ser en espacios políticos existentes, instituciones. A pesar de las disposiciones de rëndum y otros tipos de fórum para en Venezuela. En cualquier caso, los del país han intensificado la fragilidad del acuerdo en esos espacios (primero poco probable. Como adelantaba en 1990 se han interrumpido y algunos electoral) han agravado los proble...

El futuro de los movimientos no es fácil ser optimista, al menos no a corto plazo. El principal problema. No es algo nuevo, pero de fiar o manipulable. La dificultad de la participación democrática en y mediante la organización como tal cómo en la creación de donde se puedan apoyar los grupos. El juego, en toda América Latina por la organización ha implicado un apoyo y ahora está empezando en Venezuela que los miembros de los grupos de urbanos han cambiado. Las demandas de agua, vivienda, transporte, educación pero ahora, y en un predecible futuro los centros en las ciudades están condicionando las arenas políticas no sólo para la participación como sitios para las formas clásicas de relaciones viables con otros niveles de...

VII. BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, Ángel. Venezuelan Local and National Elections, 1958-1995. En DIETZ, Henry y SHIDLO, Gil (eds.). *Urban Democratic Elections in Latin America*. Wilmington D.E.: SR Books, 1998, pp. 239-274.
- BARDÁLEZ, Elsa. La ciudadanía: ¿libertad, igualdad, diversidad? En BARDÁLEZ, Elsa; TANAKA, Martín y ZAPATA, Antonio (eds.). *Repensando la política en el Perú*. Lima: Red Para el Desarrollo de las CC. SS., 1999, pp. 245-300.
- BLANCO MUÑOZ, Agustín. *Venezuela del 04 F-92 al 06 D-98. Habla el comandante Hugo Chávez Frías*. Caracas: Cátedra Pío Tamajo, CEHA/IIES/FACES/UCV, 1998.
- BLONDET, Cecilia. *Las Mujeres y el Poder. Una historia de Villa el Salvador*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1991.
- BURGERMAN, Susan. *Moral Victories. How Activists Provoke Multilateral Action*. Ithaca: Cornell University Press, 2001.
- CABALLERO, Manuel. *Las Venezuelas del siglo veinte*. Caracas: Grijalbo, 1998.
- CALHOUN, Craig. New Social Movements of the Early XIX century. En TRAUGOTT, Mark (ed.). *Repertoires and Cycles of Collective Action*. London: Duke University Press, 1995.
- CASTAÑEDA, Jorge. *Utopía unarmed: the Latin American left After the Cold War*. New York: Knopf, 1993.
- CONAGHAN, Catherine. *Democracy that Matters: The Search for Authenticity, Legitimacy, and Civic Competence in the Andes*. Project Latin America 2000: Series Working Paper n° 1, 1994.
- COPPEDGE, Michael. Soberanía popular versus democracia liberal en Venezuela. En RAMOS ROLLÓN, Marisa (ed.). *Venezuela: rupturas y continuidades del sistema político (1999-2001)*. Salamanca, España: Ediciones Universidad, 2002, pp. 69-96.
- COTLER, Julio y GRAMPONE, Romeo. *El Fujimorismo: ascenso y caída de un régimen autoritario*. Lima: IEP, 2000.
- CRISP, Brian. *Democratic Institutional Design. The Powers and Incentives of Venezuelan Politicians and Interest Groups*. Stanford: University Press, 2000.
- DIETZ, Henry. *Urban Poverty, Political Participation and the State, Lima 1970-1990*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1998.
- DROGUS, Carol Ann. *Women, Religion and Social Change in Brazil's Popular Church*. Notre Dame, Ind: University of Notre Dame Press, 1997.
- DRZEWIENIECKI, Joanna. Coordinadora Nacional de Derechos Humanos: Un estudio de caso. *Cuadernos de investigación social*, 2001, n° 17.
- ECKSTEIN, Susan. *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*. Berkeley: University of California Press, 1989.
- ELLNER, Stephen. Recent Venezuelan Studies. A Return to Third World Realities: Review Article. *Latin American Research Review*, 1997, vol. 32, n° 2, pp. 201-218.
- ESCOBAR, Arturo y ÁLVAREZ, Sonia. *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy, and Democracy*. Boulder: Westview Press, 1992.
- FOX, Jonathan. How Does Civil Society Thicken? The Political Construction of Social Capital in Rural Mexico. *World Development*, 1996, vol. 24, n° 6, pp. 1089-1103.
- GARCÍA GUADILLA, María y SILVA QUERALES, Nadeska. De los movimientos sociales a las redes organizacionales en Venezuela; estrategias, valores e identidades. *Politeia*, 1999, n° 23, pp. 7-27.
- GARRETÓN, Manuel Antonio. Popular Mobilization and the Military Regime in Chile: The Complexities of the Invisible Transition. En ECKSTEIN, Silke (ed.). *Power and Popular Protest Latin American Social Movements*. Berkeley: University of California Press, 1989, pp. 259-277.

- GÓMEZ CALCAÑO, Luis. Civic Organisations in Venezuela. En CANACHE, Damaris y KULISH, Judith (eds.). *Democracy and Political Change in Latin America*. Valencia: Universitat de València, 1998, pp. 181-186.
- GRANOVETTER, Mark. The Strength of Weak Ties. *American Journal of Sociology*, 1973, n° 6, pp. 1360-1380.
- HELLMAN, Judith Adler. The Study of Social Movements. En ESCOBAR, Arturo y KULISH, Judith (eds.). *Latin America: Identity, Strategy, and Democracy*. Boulder: Westview Press, 1992, pp. 1-10.
- HERNÁNDEZ, Tosca. El desafío de la ciudadanía. En RAMOS ROLLÓN, Marisa (ed.). *Venezuela: rupturas y continuidades del sistema político (1999-2001)*. Salamanca, España: Ediciones Universidad, 2002, pp. 107-120.
- JELIN, Elizabeth. La construcción de la ciudadanía. En RAMOS ROLLÓN, Marisa (ed.). *Venezuela: rupturas y continuidades del sistema político (1999-2001)*. Salamanca, España: Ediciones Universidad, 2002, pp. 121-134.
- JELIN, Elizabeth y HERSHBERG, Judith. *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy, and Democracy*. Boulder: Westview Press, 1992.
- KARL, Terry. *The Paradox of Plenty: Oil, Money and Democracy in Latin America*. New York: Basic Books, 1997.
- KORNBLITH, Miriam. Agenda de reforma política. *Politeia*, 1999, n° 22, pp. 1-10.
- KYMLICKA, Will. *Multicultural Citizen*. Cambridge: Harvard University Press, 1995.
- LANDER, Edgardo. *Neoliberalismo, socialismo y democracia en Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1995.
- LEVINE, Daniel. El consenso democrático en Venezuela (en preparación).
- The Decline and Fall of Democracy in Latin America. *Research*, 2002, vol. 21, n° 2, pp. 1-10.
- Beyond the Exhaustion of the Model. En CANACHE, Damaris y KULISH, Judith (eds.). *Democracy and Political Change in Latin America*. Valencia: Universitat de València, 1998, pp. 181-186.
- Goodbye to Venezuelan Exceptionalism. *Latin American Research Review*, 1994, vol. 36, n° 4, pp. 145-182.
- *Popular Voices in Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1989.
- *Conflict and Political Change in Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1989.
- LEVINE, Daniel y CRISP, Brian. Democracy in Latin America. *Journal of Inter American Studies*, 1997, vol. 29, n° 1, pp. 1-10.
- Venezuela: the Character, Crisis and Future of a Democracy. En HARTLYN, Jonathan; LINZ, Juan J. y VALENZUELA, Arturo (eds.). *Latin America. 2ª edición*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995, pp. 1-10.
- LEVINE, Daniel y KORNBLITH, Miriam. *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy, and Democracy*. Boulder: Westview Press, 1992.
- LEVINE, Daniel y STOLL, David. *Bringing the State Back In: Latin America and Fading States*. Boulder: Westview Press, 1995.

- LIPSET, Seymour. The Social Requirements of Democracy Revisited. *American Political Science Review*, 1994, vol. 59, n°1.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, Sinesio. *Ciudadanos reales e imaginarios. Concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*. Lima: Instituto de Diálogo y Propuestas, 1997.
- LÓPEZ MAYA, Margarita. Venezuela after the Caracazo: Forms of Protest in a Deinstitutionalized Context. *Bulletin of Latin American Research*, 2002, vol. 21, n° 2, pp. 199-218.
- LORA, Carmen. Sobre lo siniestro en el movimiento de mujeres. *Páginas*, 2002, n° 173.
- MAINWARING, Scott y SCULLY, Timothy. *Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America*. Stanford: Stanford University Press, 1995.
- MATOS MAR, José. *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: IEP, 1984.
- MELUCCI, Alberto. *Nomads of the Present Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*. Philadelphia: Temple University Press, 1988.
- MOLINA, José Enrique. The Presidential and Parliamentary Elections of the Bolivarian Revolution in Venezuela: Change and Continuity (1998-2000). *Bulletin of Latin American Research*, 2002, vol. 21, n° 2, pp. 219-247.
- Electoral System and Democratic Legitimacy in Venezuela. En CANACHE, Damaris y KULISHEK, Michael (eds.). *Reinventing Legitimacy: Democracy and Political Change in Venezuela*. Westport: Greenwood Press, 1996.
- MOLINA, José Enrique y PÉREZ, Carmen. Venezuela ratifica el cambio: elecciones de 2000. En RAMOS ROLLÓN, Marisa (ed.). *Venezuela: rupturas y continuidades del sistema político (1999-2001)*. Salamanca, España: Ediciones Universidad, 2002, pp. 143-176.
- ORTNER, Sherry. Resistance and the Problem of Ethnographic Refusal. *Comparative Studies in Society and History*, 1995, vol. 37, n° 1, pp. 173-193.
- OXHORN, Phillip. *When Democracy Isn't All That Democratic: Social Exclusion and the Limits of the Public Sphere in Latin America*. Miami: North South Center, 2001.
- Understanding Political Change After Authoritarian Rule: The Popular Sectors and Chile's New Democratic Regime. *Journal of Latin American Studies*, 1994, vol. 26, n° 3.
- PÁSARA, Luis; DELPINO, Nerna; VALDEAVELLANO, Rocío y ZARZAR, Alonzo. *La otra cara de la luna: nuevos actores sociales en el Perú*. Lima: CEDYS, 1991.
- PIVEN, Frances Fox y CLOWARD, Richard. *The Breaking of the American Social Compact*. N.Y.: The New Press, 1998 (especialmente Part IV Disruptive Movements and their Electoral Impact #17 «Normalizing Collective Protest», pp. 345-374).
- *Poor Peoples' Movements. Why they Succeed. How They Fail*. New York: Vintage, 1977.
- PLANAS, Planas. La difícil integración de la ciudadanía en el Perú. En BARDÁLEZ, Elsa; TANAKA, Martín y ZAPATA, Antonio (eds.). *Repensando la política en el Perú*. Lima: Red para el Desarrollo de las CC. SS., 1999, pp. 327-363.
- PROVEA. Situación de los derechos humanos en Venezuela. *Boletín de derechos humanos y coyuntura*, varios años.
- PRZEWORSKI, Adam. Some Problems in the Study of the Transition to Democracy. En SCHMITTER, Phillip; WHITEHEAD, Lawrence y O'DONNELL, Guillermo (eds.). *Transitions from Authoritarian Rule: Comparative Perspectives*. Baltimore, Md.: John Hopkins University Press, 1986.
- RAMOS JIMÉNEZ, Alfredo. *La transición venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*. Mérida: Centro de Investigaciones de Política Comparada, 2002.
- REY, Juan Carlos. La democracia venezolana y la crisis del sistema populista de conciliación. *Revista de Estudios Políticos*, 1991, vol. 74, pp. 553-578.

- REY, Juan Carlos y PABÓN, Jorge. Lo... en la Constitución de 1999. *SIC*,...
- ROMERO, Aníbal. Rearranging the I... Venezuela. *Latin American Rese*...
- ROMERO, Catalina. Vertientes ciudad... SALAMANCA, Luis. Civil Society: Late... *Unraveling of Representative De*... 2003 (en preparación).
- SANTANA, Elías. *El poder de los vecin*...
- SIKKINK, Kathryn. Human Rights, Pr... *International Organization*, 1993.
- SMITH, Christian. *Resisting Reagan. Th*... of Chicago Press, 1996.
- STOKES, Susan. *Cultures in Conflict. S*... of California Press, 1995.
- TANAKA, Martín. *Los espejismos de*... 1980-1995, en perspectiva compa
- TARROW, Sidney. *Power in Movem*... Cambridge: University Press, 19
- TOVAR, Teresa. El discreto desencan
- TRAUGOTT, Mark. *Repertoires and C*... 1995.
- WARNER, Stephen. Work in Progress... Religion in the United States. *A*... 1093.
- VELÁSQUEZ, Ramón. Interrogantes s... Consorcio de Ediciones Caprile
- ZAGO, Ángela. *La rebelión de los ang*